

## LAS LETRAS CLASICAS UN EJEMPLO UNIVERSITARIO DE FORMACION SOCIAL

RAFAEL MORENO\*

La formación académica con un enfoque social es un asunto que no ignoran los educadores, pero que sí pasan por alto en la organización curricular del proceso educativo superior. Hoy todos, políticos y pedagogos, están de acuerdo en afirmar que la educación es social, por cuanto recibe las tensiones de la sociedad y orienta su quehacer hacia una nueva sociedad; además otro acuerdo hace a la casa de estudios superiores una institución comprometida socialmente. Sin embargo, en nuestro medio los planes de estudios, por regla general, no se ocupan de fundamentar por qué el estudiante adquiere el compromiso social, cómo se forma para cumplirlo, cuáles son los criterios aplicables a su realización.

A tales cuestiones pretendemos responder tomando el ejemplo de las Letras Clásicas, una carrera de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyos objetivos principales de licenciatura son preparar profesores destinados a la segunda enseñanza media superior y educar a futuros conocedores de la cultura grecolatina, capaces de continuar, en algún grado, la tradición mexicana del humanismo clásico. Además, estas Letras proporcionan los elementos requeridos por la iniciación en la investigación. El postgrado, principalmente la maestría y el doctorado, profundiza esos objetivos, da capacitación en la enseñanza del segundo y tercer nivel universitario, a la par que busca formar profundos expertos que dominen un campo de las Letras Clásicas y que se distingan por sus estudios originales y de aportación. El caso elegido, aunque pertenece a las humanidades, podrá ser útil, previas las modificaciones indispensables, para otras carreras, con currículos diferentes.

Se pondrá a consideración la siguiente tesis las Letras Clásicas, en el contexto de la Facultad de Filosofía y Letras y de la UNAM, tienen como una razón de ser fundamental impartir una formación con enfoque social, por la que se entiende un sentido de la existencia y una orientación para transformar la sociedad. Siempre que se cumpla tal propósito, la enseñanza y el aprendizaje de las Letras Clásicas estarán justificadas; cuando estas operaciones no se realicen socialmente, o no se busque realizarlas, instruirán apenas, pero no educarán, y los egresados actuarán, después, en calidad de instructores y no de educadores. Las afirmaciones, de obedecer a razón, plantean dos preguntas: ¿por qué el estudiante de Letras Clásicas debe adquirir una formación con sentido social?, ¿cómo materias y contenidos de la antigüedad grecorromana originan esa formación? La respuesta hemos de encontrarla en la doble perspectiva de la nación mexicana y de la UNAM.

### I

La UNAM comienza su existencia histórica como una institución concebida socialmente, cuyo destino es beneficiar al país y no a los individuos. No educará, dijo Justo Sierra en el discurso inaugural, con una ciencia indiferente a las pulsaciones de la realidad social, que esté enturbiada por los problemas. Su lección enseña también que la patria goza de primacía frente a la ciencia, pues la Universidad estudia y crea solamente aquella cultura que el país necesita. Contamos con una tendencia, sucesiva y crecientemente revitalizada, según la cual nuestra Universidad, lo mismo que toda institución de estudios superiores, existe para resolver las necesidades de la sociedad. Una y otra vez, en el transcurso de los días aparece la convicción de que no depende de los universitarios obrar socialmente, sino de la misma naturaleza de la institución.

La ley vigente asume este consenso. El Artículo 3 del Estatuto General de la UNAM prescribe la orientación social de la formación académica en estos términos “El propósito esencial (de la Universidad) será estar íntegramente al servicio del país y de la humanidad, de acuerdo con un sentido ético y de servicio social, superando constantemente cualquier interés individual.” Recoge la tradición y explica los diversos puntos capilares de la formación social y de las razones por los cuales es insoslayable. Todo universitario lleva en su propia vocación el deber de comprometerse socialmente.

---

\*Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras; Universidad Nacional Autónoma de México.

A lo mismo confluye la idea de la educación y de la cultura. Es un lugar común, pero significativo, la afirmación de que no hay neutralidad educativa, pues la educación siempre conlleva, implícito o explícito, un proyecto social. Se reconoce que a la educación corresponde un carácter social, con el que forma para alcanzar un tipo de hombre y una sociedad, o una patria, determinados. Por otra parte, hay la doctrina no negada, aunque en ocasiones sea pobre en resultados prácticos, de que los universitarios se educan socialmente a través de la cultura. Esta no entraña ni la sumisión, ni la obediencia simple al orden y a la situación prevaleciente. No sólo introduce en el mundo propio, el inmediato y el distante; también dirige al estudio de los problemas, a la adquisición de los valores, al análisis y comprensión de la realidad, a la asimilación de papeles humanos. En fin, la cultura da herramientas al universitario, lo mismo para responder y adaptarse a la sociedad en tensión, que para originar la sociedad del porvenir.

La universidad, pues, como institución de propósitos, como centro educativo y como casa de cultura, tiene una dirección social constitutiva. Fue lógico que por los años setenta, en el ámbito nacional, se estableciera al lado del compromiso con la sociedad, el principio del sentido social. Se equipara a los principios de la autonomía y de la libertad de cátedra; regula las funciones sustantivas de la enseñanza, la investigación y la extensión cultural, y su cumplimiento es obligatorio.

## II

Ahora bien, los planes de estudios, junto con los programas de investigación y de extensión, son justamente la medida eficaz que permite a la Universidad pasar del plano de los enunciados a un ejercicio satisfactorio de los mismos. Cada escuela y cada facultad, según sus características de academia, podrán asegurar las funciones sociales de los conocimientos especializados correspondientes a su área. Pero Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras sólo imparten, siguiendo el orden curricular, la educación social resultante de la comunicación de la cultura, mas, sin obscurecer sus bondades y sus aciertos, no consideran expresamente ni los fines sociales ni menos las acciones que los realicen. Un nuevo plan de estudios, si pretende ser más acorde con la pedagogía y con los postulados de la Universidad, obtendrá su racionalidad de tres aspectos: uno, el profesional, al que mira un conjunto o sistema de conocimientos sobre el mundo grecorromano, referido a las necesidades propias de las funciones laborales; segundo, el cultural, consistente en las líneas y criterios adecuados a la comprensión y vivificación de la antigüedad clásica; tercero, el social, constituido por el aprendizaje destinado a responder activamente a la sociedad y a transformarla. Los tres aspectos son legítimos y se completan entre sí. Por lo cual, el currículo íntegro, de los objetivos a los programas y las previsiones sobre la evaluación, han de contener los elementos que requiera el tipo de egresado, el mexicano culto pedido por el país, el hombre que se compromete con los problemas sociales.

La integración de los tres aspectos da lugar a cinco mentalidades específicas de las Letras Clásicas: la histórica, la literaria, la lingüística, la filológica, la axiológica. Aquí está el fruto educativo de Las Letras Clásicas. El trabajo material, sin duda, se desarrolla en la lenta asimilación de los contenidos, los cuales consumen la mayor parte del tiempo curricular. Pero éstos quedarían en calidad de puros conocimientos, si no se consideran los medios para conseguir una manera de pensar, la cual entregue lo propio del objeto enseñado y, simultáneamente, sea el aprendizaje sobre el modo en que el objeto fue creado y cómo pueden crearse hoy objetos similares.

## III

Toca al currículo indicar los caminos, las técnicas y los auxilios convenientes. Ahora hemos de insistir en el proceso de la educación clásica: de los contenidos a las mentalidades, de las mentalidades a la formación social o fin último. Quienes al realizar la relación dialéctica enseñanza aprendizaje, permanecen en los contenidos no alcanzan la culminación de las Letras Clásicas, su significado auténtico. En el proceso de la educación los contenidos terminan en las mentalidades, las que son componentes de una cultura ordenada a la vida de las personas y de la colectividad. Lejos de conducir al individualismo, la cultura clásica, por el hecho de

ser cultura, produce un espíritu cohesionador, un impulso al quehacer colectivo, en el que todos participamos porque expresa nuestro modo de existencia y nuestro estilo de interpretar vida y mundo. La cultura así entendida es una virtud, una vis formativa del hombre. Sin mentalidades no hay cultura; desprovistos de cultura, carecemos de formación, por la cual, en términos de pedagogía, se comprende la capacidad de orientar la existencia humana.

No es una materia más del currículo ni resulta posible concebirla a manera de una especialización, pues se caería en el error de confundir la formación con las unidades informativas de un programa. Pero la formación viene a ser un criterio para estimar la vida, una orientación de los actos, una educación de la inteligencia en el rigor y la disciplina, una inclinación a discriminar el mundo en torno, un saber teórico y práctico, a la vez, del estar en sociedad. Todas estas potencialidades de las Letras Clásicas vuelven razonable la sentencia, alrededor de la cual gira este breve escrito, de que la formación se resuelve en dar sentido a la cultura y de que, mediante ésta, cobre sentido la existencia del hombre, obteniendo funciones humanas, conductas, creencias, valores y virtudes cívicas. Se trata de un sentido totalizador, que comprende toda la vida, proveniente de la cultura antigua hacia el hombre. Las Letras Clásicas, además de proveer de conocimiento sobre la época grecolatina, proporcionan bienes más importantes que la transmisión del saber; son vehículos de una formación a la que merecidamente se llama humana, porque configura un paradigma del hombre. El sentido de la existencia dista mucho de ser una declaración, tanto más cuanto la cultura, proyectada por el plan de estudios y comprendida por un profesor con vocación, genera conducciones para el espíritu. Es la psicología en la que insiste el joven Platón.

#### IV

El paradigma de hombre configurado por la formación conlleva un tipo de sociedad. Así acontece por el hecho de que la formación humana se compone de varias direcciones del espíritu, siendo una de ellas la social. En efecto, la cultura sobre la antigüedad se caracteriza por no agotarse en el perfeccionamiento individual y en las lealtades a intereses de persona. Más bien comunica a todos, los hace solidarios y los compromete con la sociedad y el país. Tal viene a ser el argumento que legitima la formación social de que se habla. Las actividades académicas no están libres de los problemas de la sociedad. La formación configura humanamente en vista de un tipo de hombre, al cual acompaña de modo inevitable un tipo de sociedad. El tipo de hombre propuesto por la formación requiere, como correlato, como contraparte, dialéctica, el señalamiento de un tipo de sociedad. A delimitarlo, a captarlo, a introducirlo en la conciencia, han de concurrir los contenidos culturales, así como los métodos de la carrera de Letras Clásicas. Después, el estudiante convertido en egresado se convertirá a su vez en un orientador social desde su ocupación responsable. Si faltara el aprendizaje sobre la sociedad, la cultura sería fragmentada y carente de una significación totalizadora, cosa que implica el fracaso de la educación. El plan de estudios será valioso siempre que aclare semejante formación y disponga los elementos para que los alumnos la asimilen. Y no se vaya a objetar que la búsqueda de la formación posterga la disciplina intelectual, la profundidad del conocer, el rigor del aprendizaje. El sentido de la existencia será tanto más provechoso cuanto el estudio se eleve a más altos niveles.

#### V

Desde las perspectivas anteriores las Letras Clásicas toman su puesto en la tradición del humanismo. Los renacentistas practicaron la vuelta a los clásicos y obtuvieron de ellos los ideales y la materia con el fin de construir su propio destino. Los neoclásicos regresan otra vez a los modelos antiguos y se inspiran en sus creaciones literarias y en sus formas estéticas. Imitadores creativos de la belleza del mundo grecorromano fueron los autores que representan Winckelmann y Lessing, portavoces de un nuevo humanismo del XIX. En nuestra época los europeos se han empeñado, unos por encontrar el humanismo integral, otros por definir un humanismo filosófico, y unos terceros le añaden al hombre terrenal las metas divinas. Los tiempos de este siglo se caracterizan por una extendida reflexión sobre la crisis del humanismo y sobre las relaciones entre

ciencias y humanidades. Ultimamente anda de generación en generación mexicana la obra clásica de Werner Jaeger, Paideia, estudio de los ideales y la educación de los griegos, modelo del humanismo pedagógico.

México, a su vez, cuenta con una historia abundante en concepciones humanistas que han sido fuerzas constructoras de la nacionalidad. Durante el siglo XVI actúa, por un lado, el humanismo “vital” de Vasco de Quiroga, Julián Garcés, Juan de Zumárraga, Bartolomé de las Casas; por otro, educan a la juventud los humanistas literarios, como Francisco Cervantes de Salazar y el jesuita Llanos. El siglo XVIII asiste a la aparición de un humanismo de factura tecnológica, dedicado a la salvación y a la felicidad del hombre en esta tierra, sin negar, por supuesto, el valor de la otra vida. Luego predomina, durante gran parte del siglo XIX, la tendencia liberal y, con ella, una inclinación a buscar que los hombres lo sean en todo, con raíces en la libertad y la tolerancia. En la segunda mitad del siglo las raíces clásicas sostienen la obra poética de José Joaquín Pesado, Arcadio Pagaza, Ignacio Montes de Oca, Federico Escobedo. La época actual se prodiga en contribuciones valiosas y originales sobre el hombre. Ya en 1914 Alfonso Reyes inicia con su *Ifigenia Cruel*, una continuada lección de usar los clásicos grecolatinos para educarnos y adquirir conductas morales. Antonio Caso habla de un nuevo humanismo, centrado en el concepto del hombre como persona en trance de hacerse hacia la perfección, para el que elabora una filosofía de la existencia humana. Igualmente Samuel Ramos propone, con elementos filosóficos, un nuevo humanismo, en 1940, con el propósito de mostrar la solución a la crisis de los valores y de tomar en cuenta al hombre total. Y Gabriel Méndez Plancarte, por los años cuarenta, da luces que valoran al humanismo colonial y deja en herencia una teoría alimentada al mismo tiempo por el pasado grecolatino y las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, no menos que por la Biblia y la teología. Por fin, la tendencia a tratar comprensivamente las culturas indígenas y a conocerlas en sus propias lenguas ha probado, incluso a los incrédulos, que los antiguos mexicanos vivieron una idea del hombre alrededor de la amistad, la alegría, el acabamiento en la tierra, el sentido de la belleza y de la moral.

La sola evocación de los nombres indica que la historia y las raíces de las Letras Clásicas actuales son constructoras de hombres y de sociedad. Se conjuntaron las instancias venidas de fuera y las creaciones necesitadas por nuestra tierra. Hoy la aportación de las Letras Clásicas, consiste en descubrir el sentido de la existencia, particularmente las direcciones que necesita la sociedad de estos días. A los humanismos propios de cada época puede añadirse hoy la contribución del humanismo social. A ello nos conducen los intereses y los problemas del hombre. A partir de la vida, el arte, la política y, en general, de los textos grecolatinos habrá que señalar el sentido de la existencia humana para nosotros.

## VI

Ni el humanismo social, ni la formación social admiten ser simplemente fórmulas declarativas o, cuando más, una denuncia que calma las inquietudes y no implica la obligación de obrar. Entonces los cultivadores de las Letras Clásicas permanecerían reflexionando en el monte de Tabor, mientras la sociedad se desorganiza y requiere direcciones claras. Pero esto significa el abandono de la formación y, en última instancia, de la cultura. Si toda cultura es connativa de las obras, la grecorromana contiene el espíritu de transformar la sociedad. El análisis de textos, la comprensión e interpretación de los hechos históricos, el estudio de las estructuras lingüísticas, la captación de los ideales y la problemática de cada lugar y época, la inteligencia de lo literario, todas estas formaciones culturales son fundamento de acciones concretas, aquellas que convengan realizar en cada circunstancia actual y en las urgencias del futuro. No es hora de hacer la demostración. Un profesor dedicado y un alumno bien dirigido encontrarán abundancia de criterios, de valores, de incitaciones al cambio social. Sólo requieren vincular los conocimientos con el mundo en torno.

Esta formación confiere sentido al aprendizaje y a la enseñanza, pero de ninguna manera ha de considerarse una actividad sociológica. La formación social, en su carácter de elemento constitutivo de la formación humana, define la articulación entre la universidad y la sociedad. En las Letras Clásicas, igual que en cualquier otro currículo, se encuentra un caso revelador de cómo lograr las metas específicas de vincular la educación superior con los problemas nacionales, y de convertirlas, de tal modo, en la ansiada proyección social. Las Letras Clásicas son en verdad un ejemplo privilegiado en ellas la formación humana está a flor de tierra. Sin embargo, el cometido y el deber pertenecen a las instituciones que integran el sistema de

la Universidad. En breve: los días actuales tienen por ilegítimo negar o excluir el cambio social, porque pertenece a la educación del hombre.

La formación social toma su punto de partida de los ideales y atiende a las necesidades a través de dos operaciones: una de respuesta y ajuste, otra de orientación y dirección. La sociedad introduce en las aulas, donde se aprenden las Letras Clásicas, sus tensiones: la desigualdad, el divorcio entre los estudios y la realidad, el avance del conocimiento, el egresado desprovisto de buenos niveles académicos, las pugnas entre ciencias y humanidades, el país menesteroso de tecnología y humanismo, la conjunción de las fuerzas políticas y económicas, la multiplicidad de culturas nacionales, un sistema resquebrajador de valores, la carencia de un desarrollo integral. Para tales cuestiones y otras similares, los clásicos de Grecia y Roma guardan respuestas; poseen una solución a las presiones que llegan a la Universidad, no porque hayan previsto nuestras circunstancias, sino porque el modo de solucionar la problemática de su época alcanzó el fondo de la vida humana y, por eso mismo, arrojan luces sobre la situación actual, ponen a disposición ideas con las cuales se medita mejor sobre las necesidades inquietantes, presentan los puntos humanos por alcanzar. El uso, pues, de las lecciones clásicas permite a la Universidad ajustarse oportunamente a la sociedad y sus requerimientos, de manera que no sea sorprendida y obligada a improvisar y a tomar decisiones bruscas, lo que ciertamente no es ajeno a su historia.

## VII

Las Letras Clásicas -y en justa proporción todo currículo universitario- también encierran las potencias que, debidamente actualizadas, dotan a la Universidad de iniciativas propias, tendentes a la transformación social. Una casa de estudios digna de su nombre no puede emplear la cultura sólo para resolver, en un estado de imprevisión, las tensiones sociales. La cultura, por su impulso hacia la vida, supera las circunstancias y encauza el medio. Las Letras Clásicas, dependiendo su alcance de la formación adquirida por el egresado, tienen un papel que cumplir activamente en la sociedad. No debe interpretarse lo anterior como un postulado, pues se afirma, o se quiere afirmar, que a la educación clásica compete indicar el rumbo colectivo, anticiparse a la realidad social, valorar los cambios existentes, en alguna manera predecirlos. Esta acción de las Letras Clásicas, repetimos, se llama orientación social y cae bajo el atributo, ineludible, del plan de estudios.

No se pide, con lo anterior, algo que no sea propio de la formación clásica. Si confrontamos la sociedad con el currículo formal entendido como un conjunto de propósitos ordenados para lograr una mentalidad clásica, aunque no se incluya el fin de educar a futuros profesores, surgen a la vista los cambios posibles de la orientación. En primer lugar, el currículo contiene los materiales para crear una conciencia crítica que cuestione y analice la cultura, los programas sociales, la educación, los proyectos del Estado. Todo lo que viene a ser el antecedente de la valorización juiciosa del diseño nacional, donde se distinga bien el lado positivo, las irrealidades, el futuro deseado. Después aparece en un orden lógico la patria con el apremio de estimarla correctamente, de concebirla con ideales que la acerquen a la independencia, a la igualdad y a la unión de los sectores, al rescate de los marginados de la cultura, la riqueza y la humanidad. En tercer lugar, cabe la mención de la virtud política, así llamada por Sócrates en el diálogo Protágoras, cuya enseñanza es decir que el pueblo entero está capacitado para decidir los asuntos de la comunidad. En los autores antiguos se aprende el compromiso político, el cual incluye, según las lecciones del griego Demóstenes y del romano Cicerón, el esfuerzo por la vigencia de los derechos del hombre, la lucha por conquistar la democracia, la convicción de vivir siempre de acuerdo con la libertad. Una cuarta consideración lleva al mismo proceso educativo y a preguntar acerca de sus valores y fines, de su primacía entre los problemas nacionales, de la igualdad en el acceso a todos los ciclos, de la vinculación con los sectores productivos, de su disposición real a formar hombres.

Ha de quedar constancia de que la operación de ajuste y la operación de orientación son dos modalidades de la dirección de la sociedad específica de la casa de estudios. En uno y otro caso la institución no procede motu proprio, como un organismo autónomo socialmente, que establece las líneas de la educación formativa.

Al contrario, dirige a la sociedad porque la impulsa obligatoriamente a su función de atender las necesidades comunitarias. Tal debe considerarse el alcance del principio del sentido social, regulador de toda actividad que compete a la Universidad.

## VIII

La formación social así delineada da lugar al diseño de acciones concretas, alrededor de las cuales se configura el compromiso del universitario ante la sociedad. Con afán de resumir, conviene sostener que, gracias a la formación, el principio del sentido social adquiere el perfil de un compromiso con una patria singularizada por sus valores, sus proyectos, sus crisis, anhelante de un paradigma de sociedad y de hombre mexicanos. El paso del orden abstracto a la realidad permite construir la imagen del país que viva el universitario y deba vivir. De otro modo no habría universitarios comprometidos. Nunca se dirá bastante que el compromiso se alimenta con acciones definidas. Las Letras Clásicas deben ordenarse a proyectos bien delimitados de cambio. ¡Con cuánta razón, en la década de los sesenta, comenzó a emplearse el concepto compromiso, que indica claramente un universitario involucrado en las condiciones nacionales, obligado a tomar partido frente a las cuestiones y conflictos del país! Obsérvese que la patria es el objetivo. El ajuste de la casa de estudios a las tensiones sociales y la orientación de la sociedad requieren imperiosamente obras con cara hacia la patria. Como lo dijo Justo Sierra ni una patria separada de la universidad, ni una universidad ajena a la patria.

El contenido patriótico de la formación introduce consideraciones que, en otro contexto, no serían bien vistas. Formativamente no puede desligarse la educación del diseño de sociedad formulado, en el nivel del país, por el Plan Nacional de Desarrollo. Dentro de su generalidad, precisa metas, valores, estrategias. Y todavía se avanza más en la concreción, si retomamos las orientaciones nucleares del artículo 3º de la Constitución. La universidad en México, a partir de 1980, es considerada otra vez dentro de la unidad educativa del país, y adquiere la obligación de concebir sus programas sustantivos de acuerdo con la norma constitucional. La formación encuentra ahí prescripciones utilísimas: educación científica, alejada de cualquier actitud fanática; nacionalismo y democracia, guías de la conducta; solidaridad con el hombre; desarrollo de la persona. Categorías son éstas que orientan, pues proporcionan una constelación de valores asimilables por las diversas concepciones del mundo. Hay, en consecuencia, una base común para hacer frente a las necesidades sociales, mediante la utilización de los autores de la antigüedad grecolatina, sin arrostrar el peligro de una sola tendencia ideológica. Y no vaya a argumentarse en contra de la tesis poniendo restricciones al nacionalismo aplicable a la formación social. No se ignora que los hombres están religados con los demás hombres, si bien el puerto de salida es México. A la humanidad el mexicano acostumbra, en buena hora, ir desde su patria.

## IX

La formación social, precisamente por ser formación, queda en los límites académicos. No se confunde con la lucha política, aun cuando se proyecta hacia ella. Dicho de otro modo las Letras Clásicas, surtidoras de formación social, son un sector de la cultura en donde se lleva a cabo el aprendizaje de la antigüedad, pero no pueden con legitimidad realizar una acción de cambio. El plan de estudios, y sobra decirlo, no es un instrumento para hacer la transformación de la sociedad, sino el conjunto de enseñanzas con las cuales el alumno debe formarse, en la doble dimensión de dar respuesta a las tensiones de la sociedad y de orientar hacia una nueva sociedad, siempre en el interior de la educación. Tales enseñanzas, junto con la preparación profesional, vienen a ser la razón del plan de estudios, el cual, por lo mismo, establece los alcances académicos del sentido social, desde el principio regulador de la vida universitaria.

De esta manera se eluden los dos extremos que traen el peligro a las funciones universitarias. Ni es posible un plan de estudios aséptico a las cuestiones de la política y la sociedad, una torre de marfil exenta de los problemas nacionales, dedicada en exclusiva a logros académicos, en procura de una eficiencia escolar. Ni tampoco resulta aconsejable un plan de estudios pensado como un ariete político, que cambie con métodos revolucionarios la sociedad, como un espacio de lucha social donde los fines académicos guarden una segunda

posición. El justo medio pone a salvo la estructura universitaria, al reunir el carácter académico con el sentido social. Desde la pedagogía la solución no admite dudas: así como la Universidad realiza su sentido social cumpliendo las misiones sustantivas de enseñar, investigar, extender la cultura, así las Letras Clásicas imparten formación social en la medida en que comunican las mentalidades que les son propias. Parecen ser dos verdades no rebatibles. Apurando el concepto, ayudan a concluir que las Letras Clásicas existen por causa de la sociedad, para a justar a la vida universitaria a ella y para orientarla. No contienen, por lo tanto, una cultura que valga por sí misma. El valor de los contenidos programáticos depende de sus potencialidades de formación y de cambio racional, cabe decir, de su nivel académico y de su fuerza transformadora.

Cosa de prudencia es reiterar las razones. Una está en la vieja enseñanza socrática, a menudo olvidada, de que la educación forma al ser humano según determinados ideales. En el siglo XX se añade que la formación humana constituye el bien fundamental de la educación; el hombre la alcanza, si estructura su vida y desarrolla su personalidad alimentándose de contenidos culturales plenos de valor. La otra, toma su inicio de la idea de universidad, elevada a teoría por Antonio Caso, según la cual lo académico y la política militante son campos diversos, que no deben mezclarse. La tradición, vuelta norma observada, enseña que no pueden confundirse los intereses de los partidos políticos con la misión de la universidad. Hoy, por fortuna, la izquierda va comprendiendo que no es lícito comprometer las funciones universitarias. Naturalmente tal criterio no excluye ni la libertad de pensamiento ni la libertad de cátedra. El ejemplo de algunas instituciones inclinadas a una sola doctrina o hacia una sola tendencia ideológica, vuelve indispensable recordar que la universidad practica, o debe practicar, el compromiso de acuerdo con el pluralismo académico, que sirve de base a la educación superior mexicana y que sanciona explícitamente el Estatuto General de la UNAM.

## X

A estas alturas se presenta una contradicción entre un plan de estudios que orienta y una universidad que no permite la orientación. ¿Cómo las Letras Clásicas, un elemento integrador del todo universitario, imparten una orientación social definida, sólo posible desde una doctrina concreta, si a ello se opone el concepto de Universidad? No sería recomendable, por ningún lado, considerar la cuestión formativa de las Letras Clásicas ignorando la historia y la estructura de la UNAM. Además, en efecto, de pertenecer a un país cuya Constitución establece la libertad de pensamiento, somos parte de una casa de estudios que es una comunidad libre de cultura. Como tal, no fija institucionalmente un credo, carece de un dogma especial, no busca una dirección ideológica única. Y uno de los principios de la casa de estudios es la libertad de cátedra, la cual consiste, ni más ni menos, que en la facultad de cada profesor para seguir, al enseñar su materia, la ideología de su predilección. Al alumno le corresponde la libertad de disidencia, o libertad de aprender los contenidos culturales bajo la guía de su criterio personal.

Sin embargo, la orientación debe impartirse. Sucede que salta la contradicción porque el punto está mal planteado. Las Letras Clásicas no usan el currículo ni para definir soluciones ni para determinar medidas, que deban llevarse a la práctica como parte de la educación. No se trata aquí el llamado servicio social, que viene a ser una expresión particular del compromiso de la universidad con los problemas nacionales. El asunto se refiere a la orientación característica de las funciones sustantivas de la Universidad. Fines, objetivos, programas, métodos, auxiliares y técnicas, evaluación, el todo curricular, tienen por razón de ser la exigencia de la formación y el hecho de mostrar en qué consiste y cómo se realiza esa formación. Los mismos sectores de la cultura indican, según está visto, la orientación a la que dirigirán sus pasos alumnos y profesores. Ahí termina la responsabilidad de la institución universitaria y comienzan las misiones, o deberes inaplazables, de quienes enseñan y de quienes aprenden. A los profesores y a los alumnos toca partir del estímulo clásico a la realidad nacional, fijar la acción concreta, poner las líneas y el proyecto de la sociedad deseada, incluso reflexionar sobre la doctrina o la teoría que promueva el cambio, señalar las metas particulares y las políticas pertinentes. Más tarde los egresados, en el momento de vivir los problemas de la sociedad, aplicarán los contenidos y los valores de la formación social. Ellos se encargarán de realizar la transformación pensada dentro de los límites académicos.

El currículo de Letras Clásicas, frente a otros estudios profesionales, goza de dos privilegios que no han de callarse. Primero, está integrado precisamente por contenidos sobre la conducción educativa del hombre. Indica cómo debe ser la existencia humana. Aunque los fines y los objetivos omitan una cuestión de tamaño importancia, cosa que sucede a menudo, el aprendizaje y la enseñanza de los temas, de modo espontáneo, sacan a luz la dirección de espíritus. Los resultados habrán de ser mucho más promisorios, si todo el dispositivo curricular se ordena a conseguir, sistemáticamente, una orientación de la existencia humana. Segundo, el currículo se destina a educar al profesor que enseñará materias clásicas, al investigador cuya base sea la cultura grecolatina, al escritor que aprenda el discurso literario con los autores antiguos, a la persona de cultura con posibilidades de continuar y enriquecer, de tantas maneras, la tradición clásica mexicana. El hecho pone en evidencia que, en la medida de su profundidad académica, de su calidad y nivel, las Letras Clásicas educan a cuadros formadores por excelencia, cuya significación para los problemas racionales no escapa a ninguno.

El país está en desajuste a causa de una crisis profunda que comprende, además de la angustia económica, la estructura humana de todos los habitantes. La aguda situación de la economía enmascara ángulos esenciales del problema de México. La urgencia es el hombre, a quien los formadores, ya provengan de las Letras Clásicas, ya egresen de otras carreras, conduzcan humanamente hacia acciones creadoras de humanidad y patria.

Allí se asentará, sin duda, la voluntad de poseer futuro y de no servir únicamente de escaños a pueblos con hegemonía. Aguarda a los formadores, a cada uno dentro de su ocupación, un papel histórico que cumplir.

Consideraciones semejantes obedecen a una concepción realista de la educación superior y de la formación correspondiente a las Letras Clásicas. Mencionan ellas una realidad constituida por el mundo complejo llamado Universidad Nacional Autónoma de México, desde el cual es lícito extenderlas a las instituciones mexicanas de educación superior. Claro que el asunto entero gira en torno de ideales, pero éstos también pertenecen a la realidad y reciben su validez de la misma sociedad, en la que nacen y a la que sirven. Por lo demás, se imponen por ser necesarios. Ningún pueblo hay con historia que no organice su vida con ideales. Es un tópico, bien fundamentado por los griegos, decir que todos los hombres viven con los ideales escogidos, para darles cumplimiento. La realización ya no aparece con tanta certidumbre. A las Letras Clásicas, como elemento de la Universidad de México, con un puesto específico en el país, incumbe la función de impartir la formación social buena para los mexicanos. Que esa formación actúe en los contextos nacionales no depende, ni exclusivamente ni en la mayor parte, de la casa de estudios. Las doctrinas, pero también el peso de la historia, los intereses, el juego de los partidos, la correlación de fuerzas, los hábitos viciosos, la misma inercia frente al cambio limitan, anulan o acercan el beneficio de una educación formativa del hombre. Un ejemplo ciertamente la escuela privada, en sus variantes, no permitirá la misma formación que la pública. Ni la escuela religiosa, de diversos perfiles, se parecerá a la institución popular y democrática.

Sí pertenece a la casa de estudios asegurar la realización de los ideales en los límites académicos de la formación. La operatividad eficaz, no deficiente, de los ideales vendrá, cuando sea vencida la apatía social, victoriosa sobre los ánimos. Nos circunda la indiferencia por la adquisición de ideales sobre el hombre y por el compromiso maduro ante la sociedad. Para nadie resulta desconocido el hecho de que actúan minorías, no siempre armadas de crítica y de conductas inteligentes, mientras la mayor parte de los universitarios se consume en la abstención, la pasividad, la renuncia implícita a los intereses colectivos. La solución, que obliga a quienes estudian y enseñan o investigan, es tomar el oficio de formadores. La esperanza renace hoy en una Universidad Nacional dirigida a la superación académica y el compromiso con la sociedad.

Igualmente está en las tareas universitarias el crear, como resultado de la formación, una conciencia del compromiso social. No basta el conocimiento, ni siquiera las mentalidades propias de las Letras Clásicas, para actuar con sentido de cambio en el interior de la sociedad. La responsabilidad de emprender acciones directas debe impulsarse por una toma de conciencia sobre los deberes sociales, de tal manera que los egresados sean verdaderamente unos comprometidos y, por eso, dispuestos a ejercer el partido de la sociedad. El maestro será aquí, igual que en todo el proceso informativo, el personaje necesario, cuyas enseñanzas dirijan el aprender y comuniquen el sentido de la cultura. En esto no hay dudas. El plan de estudios, a su vez, ha de sostener el índice de las misiones, cabe decir, de los envíos hacia el hombre, que debe hacer la educación.



Indicar la formación específica de las matemáticas o de la historia no engendra resabio alguno. El tema de las Letras Clásicas puede, en cambio, suscitar algunas fobias decimonónicas, trasuntos de cierto jacobinismo. La época contemporánea ha ido más allá de esta falsa cuestión. Predomina la firme convicción de que en asuntos formativos debe acudir a todas las fuentes proveedoras. Nadie discute la tesis de Alfonso Reyes sobre el carácter pedagógico de los autores antiguos. Aconsejó quitarles a los conservadores de la historia mexicana el patrimonio grecolatino, ese "secreto de humanidades", para cimentar el alma nuestra con determinada jerarquía de valores morales, con determinada manera de interpretar la vida y la muerte, con una adhesión decisiva a determinadas formas de civilización. Así escribió en el significado "Discurso por Virgilio": "quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono".